

sus perplejos y escandalizados contemporáneos. Pero, y éste es el mérito principal de su libro, Miramón no sólo quiso presentarnos la historia de esas existencias ni el relieve de los episodios a que dieron lugar, sino que acometió la interpretación de esa época, definitiva en nuestra historia, raíz verdadera e inmediata de nuestra vida política.

Historiador a conciencia, Miramón es un biógrafo dominado por el impulso de su vocación. Sigue sus personajes con implacable curiosidad hasta los pormenores más recónditos y no da paz a investigación esmeradísima, sino cuando, señor de sus secretos, esclarece el motivo y descubre la lógica que rigió una actitud o que trazó el derrotero de una vida. Poco le importa que la viveza de su relato desmejore o que la acumulación de documentos que afianzan su certeza opaquen la nitidez de su discurso. Atento siempre a corroborar su afirmación, de continuo revuélvese contra las aseveraciones contrarias a las suyas, sin que haya riesgo de que adelante un paso antes de estar seguro de que es su parecer inatacable. Pudiérale ser fácil abandonarse a su pensar definitivo, sin atender a rectificaciones minuciosas, con beneficio de la agilidad en el estilo; mas desestima cuanto entrase el esclarecimiento de una situación, la probanza de un móvil o la corrección de una creencia.

No quiere esto decir que haya desgarbo o incorrección en su relato. Su prosa es pura, sin escorzos violentos y sin adornos de medio lujo. Cosa rara entre los escritores jóvenes, Miramón es para engalanarla mesurado, y para castigarla severísimo.

**J. E. PATIÑO LINARES**

---

## «EL PAIS DE LILAC»

**Oswaldo Díaz Díaz**

Oswaldo Díaz nos ha traído como clarísimo obsequio para grandes y chicos un libro, un bellissimo libro de cuentos infantiles. Oswaldo Díaz ha entrado por el año con su libro bajo el brazo. En su honor echamos a volar todas las campanas de la alegría y la alabanza.

“Este libro tiene sólo una intención: que los niños colombianos tengan, por primera vez, un libro de cuentos imaginado y escrito especialmente para ellos”. Así, sencillamente, se asoma esta leyenda en la primera página de “El País de Lilac”, entre un vuelo fantástico de flores y de cintas. Y entramos en una mágica región: El País de Lilac. “Allí los niños viven solos, se gobiernan

a sí mismos y han prescindido completamente de las personas grandes. Todo es tan diferente en el país de Lilac que en las vitrinas de los almacenes hay letreros que dicen: **Ver y tocar**, y en otras: **Ver y probar**. En el país de Lilac no hay farmacias ni boticarios, de manera que el aceite y las sales purgantes son desconocidos; no hay dentistas, y por consiguiente a los niños no se les echan a perder los dientes. Como no hay gentes mayores, los niños no están obligados a quedarse contrariados en la casa cuando los demás salen a fiestas; no existen vestidos nuevos ni apretados; no hay que usar calzados incómodos y no os ponen en la cabeza esas ridículas boinas y sombreros". ¡El paraíso encantado de los niños! La delicada floresta maravillosa a donde es dulce volver siempre los ojos.

Oswaldo Díaz me decía alguna vez que la primera cualidad de una obra para niños es la de decepcionar a las personas mayores. Creo que "El País de Lilac" encantará a las gentes menores e inventará para las mayores un dulce y fugaz instante de regreso hacia ese maravilloso tiempo que ya no ha de volver.

En "El País de Lilac" están admirablemente integrados los elementos esenciales de la verdadera literatura infantil: lo maravilloso, el color y lo moral. Lo maravilloso, que es lo real para esa edad; el color, que impresiona indeleblemente las tiernas imaginaciones, y lo moral, no en antipáticas cápsulas de moraleja, sino como luz interior, como presencia inmanente en los relatos. Y una profunda atmósfera de poesía que impregna suavemente las palabras. Y el mérito extraordinario de poner en movimiento, no a los convencionales personajes importados, sino a creaturas que están más cerca de la sensibilidad de nuestros niños: Bolívar, un Bolívar magníficamente humano; Bochica, el gran árbitro legendario de las aguas; y seres tomados de la civilización mecánica: el avión, el tren, la electricidad.

Las admirables ilustraciones de Sergio Trujillo parecen confundirse con el transcurso de los cuentos. Se incorporan a ellos prodigiosamente. Un libro para niños que no tenga grabados, no sirve, decía Alicia en el País de las Maravillas.

Siempre he creído que los más arduos géneros literarios son el infantil y la novela policiaca. De nuevo hay en Colombia un escritor, un gran escritor para niños. Lo escribo con jubilo subrayado. Oswaldo Díaz se coloca de un salto como el indiscutible continuador de Pombo, el de Michín y Juan Chunguero.

E. C.

